

## VII.—Escultura y Arquitectura

De la armería pasamos a las salas de escultura y arquitectura... Notad qué cambio: de la espada al cincel, del acero al mármol, del bronce que mata al que inmortaliza, de la lucha a la belleza... Sofocado de tradiciones caballerescas, sintiéndome casi pronto a requerir la espada y lanzar un reto a todos los caballeros del mundo que quieran batirse conmigo, como es fama que el viejo hidalgo Quiñones de León lo hiciera allá en los tiempos de Pedros y Trastamaras, esta visión de blancuras serenas y de cosas santas me vuelve a la realidad, y me recuerda que sobre la fuerza está siempre la belleza, y sobre el brazo la idea.

Esta es la galería de Rodin. El retrato del ilustre escultor, pintado por Roberto Mc.Cameron, contempla sus obras a sus pies. Llama la atención, desde el primer momento, *La mano de Dios*, pequeño mármol en que una mano sale del bloque con la primer pareja en su palma, como divino alfarero que da los últimos toques a su producción maestra. El título es sugestivo, y el asunto, tan simple a primera vista, cautiva luego la imaginación y la induce a filosofar. Pensad en esta mano gigantesca y todo-poderosa, amasando el caos para modelar los universos, a la vez que puliendo con ternura estas frágiles ánforas de carne que albergarán un pedazo de Él mismo...

RUBÉN YGLESIAS HOGAN

El poema de los *Caminos*

Si la crítica se ha abstenido ante la aparición del último libro del Pbro. Azarías H. Pallais, no así la admiración hacia el más moderno de los místicos que ha saludado la obra con las más justas y perfectas palabras de loa y de encomio.

Y es que después de *Espumas y Estrellas*, después de *A la sombra del Agua*, el poema de los *Caminos* viene a ser el vértice de este triángulo divino de su vida literaria. Ha llegado a la cúspide, como debía de llegar, por el camino de la Armonía, de la Gracia y del Amor.

Cuando llegó a mis manos el poema de los *Caminos*, concluía la lectura de *Al margen de los clásicos* de Azorín, y la palabra *Caminos* sugirióme la última escena del Quijote, cuando de regreso para su aldea nativa, encuéntrase con Don Alvaro de Tarfe... Atrás dejaba el ilustre manchego los caminos por donde anduviera en andanzas de caballero. En lo de adelante dedicárase al humilde oficio de pastor para el cual ya tenía escogido su nombre.

Pues bien: esa dulce melancolía que cubre el espíritu de Don Quijote mientras se pasea bajo el porche fresco de la venta, lo tiene también este maravilloso libro del Padre Pallais, en algunas partes en donde traza a grandes y firmes pinceladas, los caminos de la humanidad, las huellas que van dejando los pueblos a través de la historia.

Insistimos en el concepto de que el Padre Pallais es el más moderno de los místicos.

Al abrir su libro y empezar su lectura sus caminos no exhalan el olor capitoso del monte, el perfume enervante que traen de muy lejos los vientos y que ensanchan nuestros pulmones en una aspiración de bienestar y de ansias de nuevas alegrías. No. Como San Francisco de Asís su espíritu se detiene en las humildes florecillas, en las veraneras—que recuerdan pomposas crinolinas y motivos de pavanas en dulces clavicordios—que decoran las cercas lavadas por la lluvia y en el reflejo lustral que deja el agua pura sobre las hojas. Esta dulzura eglógica

que llama «la paz del camino lavado» se completa con un paisaje que traza en cuatro versos:

Por caminos lavados, bajo el mando de un niño,  
cruzan las dulces vacas y florece el cariño  
de una tierra sin nombre, silenciosa y lejana  
donde hubiese unos hombres sin levadura humana.

Por sus Caminos vuelan bandadas de mariposas que son «colores vivos del silencio sagrado».

Hay en esta Mayúscula Tercera que llama *La locura de las Mariposas*, una honda filosofía que hace brotar fresca, como manantial de agua mansa, el deseo de tomar el bordón del peregrino y salir por esos caminos, lejos del mundo y andar y andar...

Ese revuelo lejano de las mariposas, libres bajo el cielo en el espacio inmenso, y en la paz del campo, prenden en nuestro corazón una ansia de ser niño y de tener pensamientos suaves.

*Los Nueve Kiries de las Aves* es como el himno que una vez se oyera en la sagrada Porciúncula de Asís. El canto de las aves, el silencioso rumor de sus vuelos, las palabras de la oración en los hogares campesinos, «las dulces baladas donde canta el hogar» mezclada «con los ditirambos caprichosos del mar», toda esa armonía panteísta que levanta el rumoroso silencio de los caminos, es la maravillosa gama que va desde el do hasta el sí, la escala de Jacob, la voz de Nuestro Señor.

A nuestro juicio los Nueve Kiries, son el mayor esfuerzo—si acaso lo hubo porque el verso fluye sin obstáculo—para convertir en una oración mística todos los rumores del campo, todos los silencios alados, todas las voces que bajo la urna azul, son la campana de Dios, a cuyo toque todas las avejillas cantan su divino Kirie Eleisión.

Seguir al Padre Pallais, a través de la selva encantada de sus armoniosos alejandrinos, sería hacer la exégesis de su libro y tal trabajo merece la labor de un poeta tan exquisito y tan devoto como su mismo autor. Porque la llama de una fe cristiana, de una unción religiosa y de una cultura católica, flota en todo el libro hasta imprimir un sello de blancura mística. Hay momentos en que ese libro se ha transformado en nuestras manos en un libro de Horas:

Yo pienso en verde claro, yo sueño en verde olivo:  
Yo voy por los caminos del Redentor Cautivo.  
Es Domingo de Ramos, por todos los caminos.

El *Elogio de las Cigarras*, es tan completo, tan admirable dentro de la apreciación mística que hace el autor, que no resistimos al deseo de copiarlo:

¡Hermanita Cigarra, flor de oscuros vestidos,  
la noche es el secreto de tus claros sonidos!  
¡Cigarra Troncos de Arbol, divino claro oscuro  
por tu manto, eres sombra, por tu sonido, Arturo!  
¡Arturo del Boyero, Sirio del Can Mayor:  
Dos divinas cigarras del árbol del Señor.  
¡Porque eres una humilde lega Sor de la Cruz,  
florecen en tus himnos las rosas de la luz!  
¡Porque nadie te mira, por eso, tu rumor  
es voz de la justicia, voz de Nuestro Señor!  
Y rezan las cigarras en sus perennes gritos:  
¡Usureros malditos, usureros malditos!  
Que se hunda el mentiroso, que muera el opresor  
que venga a nos tu Reino de Justicia y de Amor.  
Anacreonte pasa: Digo: Te bendecimos,  
hermanita Cigarra por tus frescos racimos!  
Tus notas son racimos de la viña del día  
para el bolshevikismo de la Futura Vía!